



FRATRES ORDINIS PRÆDICATORUM
CURIA GENERALITIA

Primer Domingo de Adviento, 2008

Queridos hermanos y hermanas en Santo Domingo y en Santa Catalina

“En el principio era la Palabra y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios..... Y la Palabra se hizo carne, y puso su Morada entre nosotros”,(Jn 1:1.14)

Pocos son los textos de la Escritura que captan mejor el espíritu de los tiempos de Adviento y de la Navidad como el Prólogo del Evangelio de San Juan. En pocas palabras, el evangelista nos invita a la plenitud del misterio de la Encarnación. Este no es un espectáculo que contemplamos desde lejos, ya que el texto dice, la Palabra vino a morar “entre nosotros,” como uno de nosotros. Al concluir la XII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos sobre la Palabra de Dios en la Vida y Misión de la Iglesia, leemos en su Mensaje Final “En el original griego son sólo tres las palabras fundamentales: *Lógos, sarx, eghéneto*, «el Verbo/Palabra se hizo carne». Sin embargo, éste no es sólo el ápice de esa joya poética y teológica que es el prólogo del Evangelio de san Juan (1, 14), sino el corazón mismo de la fe cristiana.” (II, n.4).

El nacimiento de la Palabra “entre nosotros” cobra más urgencia en un año en el cual varios caminos se han cruzado en la vida de la Iglesia y de la Orden. Primero, celebramos y damos gracias por el reciente Sínodo dedicado a la Palabra de Dios. El mismo se ha desarrollado dentro de otro contexto lleno de gracia y verdad: el Año dedicado al gran Apóstol de los Gentiles, San Pablo. Ambos acontecimientos coinciden con nuestra propia Peregrinación Jubilar dominicana que culminará en 2016, cuando celebremos el VIII Centenario de la confirmación de la Orden por el Papa Honorio III.

También para santo Domingo, la Palabra de Dios estaba presente “en el principio” del milagro que dio a luz a la Orden de Predicadores. Su vida entera, vivida en unión íntima con la Palabra, nos invita a una profunda escucha contemplativa de la Palabra y a un compromiso valiente de predicarla al mundo de hoy. En el “Diálogo” de nuestra hermana, Santa Catalina de Siena, leemos, “[Domingo] apareció como un apóstol en el mundo, sembrando la semilla de mi Palabra con gran verdad y luminosidad, disipando la oscuridad dando luz” (n. 158). La Palabra de Dios que se hizo carne y ardió en el corazón de Domingo era la misma Palabra que predicó con celo ardiente, encendiendo el mundo con el amor y la entrañable misericordia de Cristo.

El bienaventurado Domingo tenía una sed grande y ardiente por la salvación de las almas, para las cuales él era un apóstol sin par. Él se dio a la predicación con gran fervor, y exhortó y mandó a sus hermanos a anunciar la Palabra de Dios de día y de noche, en las iglesias y en las casas, en los campos y a lo largo de los caminos – en otras palabras, en todos los sitios a hablar sólo de Dios.¹

¹ Testigo, citado por Quilici, Alain, “*En suivant un Maître spirituel*”, *La Revue du Rosaire*, Juillet- Août, 2003.

Su Santidad, Benedicto XVI, en su homilía con ocasión de la apertura del último Sínodo, nos recuerda que, *“es importante que tanto los creyentes como las comunidades entren en una intimidad cada vez mayor con la Palabra... Alimentarse con la Palabra de Dios es para (la Iglesia) la tarea primera y fundamental”*. Por lo tanto, como parte de nuestra peregrinación Jubilar actual, que comenzó con la celebración del 800 aniversario de la fundación de la comunidad de Prouilhe, la Familia dominicana entera está invitada a hacer una pausa y a concentrarse en el siguiente tema que fraternalmente propongo para nuestra consideración durante el año 2009: **“En el principio era la Palabra: Domingo, Predicador de la Gracia”**. Con la ayuda de este tema, nos comprometemos a sentarnos con Domingo a los pies de Cristo, y con él, a *“alimentarnos de la Palabra de Dios.”*

Esta es la herencia de gracia compartida por todos nosotros – frailes y monjas, hermanas apostólicas y laicos, jóvenes y ancianos, ricos y pobres-. Sabemos muy bien que, una vez que hemos sido alimentados por la Palabra, asumimos el otro gran desafío que San Pablo tuvo que afrontar y que resume de alguna manera en su grito apostólico: *“¡Ay de mí si no evangelizara!”* (I Cor 9:16). Por lo tanto, siguiendo el ejemplo de Domingo, hacemos nuestro el grito del Apóstol, convirtiéndolo en el tema guía para estos años de Peregrinación, desde ahora hasta la celebración del Jubileo del 2016. Para hacer esto, sin embargo, reconocemos la necesidad de hacer una pequeña modificación esencial: como dominicos y dominicas sólo podemos ser fieles a nuestra vocación si lanzamos ese mismo grito en comunidad:

*“¡Ay de **nosotros** si no evangelizamos!”*

Estas palabras de San Pablo, como dijo el Papa Benedicto en su mensaje de apertura del Sínodo, son *“un grito que se vuelve para cada cristiano una invitación apremiante de servir a Cristo.”* Acogemos estas palabras en el corazón, reconociendo en ellas al mismo Evangelio que dio a luz a la misión de predicación de nuestro Santo Padre Domingo, quien cuando viajaba, llevando consigo el Evangelio de San Mateo y las cartas paulinas, se hizo verdadero Predicador de la Gracia. Cada vez que cantamos el *O Lumen* invocamos a Domingo bajo este título: *Prædicator Gratiæ*, porque él es el predicador, el discípulo de la Palabra, que nos ha prometido caminar con nosotros y renueva en nosotros el torrente gratuito de la Palabra que estaba presente cuando las primeras semillas de la Santa Predicación fueron sembradas en la tierra fértil de Europa del sur. Que él nos una como una familia reunida alrededor de la Palabra, y nos dé un corazón contemplativo, obediente, atento y dispuesto a responder en la libertad a los desafíos actuales del Evangelio.

Al peregrinar durante estos días del Adviento hacia la contemplación "de la palabra hecha carne" bajo el cielo de la noche de Belén, me gustaría añadir –como una nota personal- mis mejores deseos de una Navidad bendita y alegre para todos y cada uno de los miembros de la Familia dominicana en todo el mundo. "Belén" – la casa del pan – nos recuerda dos realidades importantes. Primero, la Palabra Encarnada ha venido para alimentarnos. Alimentémonos en su mesa de misericordia y compasión cada día del año nuevo. En segundo lugar, en un mundo que sigue afrontando el hambre y el flagelo permanente de la guerra, miremos de nuevo a Cristo, cuyas *“palabras proclaman la justicia, infunden coraje al desalentado y ofrecen el perdón a los pecadores”* (Mensaje del Sínodo, IV, n.13). Que sus palabras se hagan nuestras, de modo que también podamos proclamar el Evangelio de la Paz en su Nombre.

Hermanos y hermanas, peregrinamos juntos en este caminar de la fe, como una familia, animándonos unos a otros a lo largo del camino. Que el Espíritu Santo nos unja para que podamos hacerlo en la esperanza, y que Santo Domingo nos bendiga e inspire a ser siempre fieles a la grande y bella herencia que nos ha dejado.

Fraternalmente en Santo Domingo, Predicador de la Gracia



Fray Carlos A. Azpiroz Costa, OP
Maestro de la Orden